



DIOSITO NOS ACOMPAÑA SIEMPRE

Víctor Codina sj



Al acabar un curso de formación cristiana para adultos en un barrio popular de Cochabamba, Bolivia, una mujer que asistía al curso exclamó: “Diosito nos acompaña siempre”. Esta exclamación constituye una verdadera profesión de fe, semejante a la de aquella mujer que mientras Jesús hablaba le dijo: “¡Feliz la que te dio a luz y te crió!” (Lc 11,27).

En Bolivia, como en otros países de América latina, el pueblo es muy aficionado a los diminutivos: el pan es “pancito”, el café es “cafecito”, el papá es “papito”, el soldado es “soldadito”, el cura es el “padrecito”, la religiosa es la “madrecita”, incluso el muerto es un “muertito” y si el muerto es un niño, es “un angelito”... Estos diminutivos significan familiaridad, cercanía, cariño, algo entrañable y sencillo. En este contexto se puede comprender que también Dios sea llamado “Diosito”.

Llamar a Dios “Diosito” está muy lejos de concebirlo como el Primer motor inmóvil, la Causa de las causas, el Ser necesario y Absoluto, el Ser del cual no se puede pensar nada mayor, como lo formularon filósofos helénicos o escolásticos medievales. No es tampoco el Dios tremendo y fascinante, ni el “totalmente Otro” de los fenomenólogos de la religión.

Tampoco es el Dios que algunos teólogos llaman el Misterio absoluto y sin orillas, el Dios siempre mayor, el Dios inaccesible envuelto siempre en la tiniebla de la incognoscibilidad infinita. No es el Dios “omnipotente y sempiterno” al que invoca de ordinario nuestra liturgia en sus oraciones. Menos aún “Diosito” es el Yahvé terrible que se manifiesta entre rayos y truenos en el Sinaí, ni es el Juez castigador implacable de muchas predicaciones moralizantes o de la pintura del juicio final de la capilla Sextina. Tampoco es el Dios del credo Niceno-constantinopolitano.

“Diosito” es un Dios cercano, familiar, bueno, perdonador, misericordioso, que desea que seamos felices, que tengamos vida en abundancia. Es el mismo Dios al que Jesús llamaba *Abbá*, es decir “papito”, incluso en Getsemaní en sus momentos de angustia ante la cercanía de su pasión (Mc 14,36). “Diosito” refleja una imagen paterna y también materna de Dios, porque como dice el profeta, aunque una madre se olvidase de sus hijos, él no se olvida de nosotros (Is 49, 15), él tiene entrañas de misericordia, nos cuida, nos protege, está siempre cerca de nosotros. No es el Dios abstracto de la mística renano-flamenca sino más bien el Dios que Teresa de Lisieux descubrió en su pequeño camino de la infancia espiritual.

Indudablemente esta imagen del Diosito está estrechamente ligada a la encarnación y nacimiento de Jesús, cuando la Palabra eterna se hace carne y habita entre nosotros (Jn 1, 14), se despoja de su gloria y se hace semejante a nosotros (Fil 2, 6-7). Es una imagen que nace de la contemplación de Jesús niño, el Niño Manuelito, como le llama el pueblo, el Dios hecho pequeñez humana que el pueblo creyente adora en la noche de Navidad y venera en los pesebres de sus casas. Es sin duda el Espíritu del Resucitado el que nos permite gritar ¡*Abba!* o ¡Padre! (Rm 8,15; Gal 4, 4), el que nos permite llamar a Dios, “Diosito”.

Pero este Diosito, añadía la sencilla mujer cochabambina, “nos acompaña siempre”.

No es un Dios que permanece invulnerable e insensible en la lejanía, como los dioses del Olimpo, ni nos deja abandonados a nuestra propia suerte, como náufragos en medio del mar de la vida, sino que camina con su pueblo, escucha el clamor de los oprimidos en Egipto, acompaña a los Israelitas en su marcha por el desierto, en su historia de luces y sombras y les hace retornar del exilio de Babilonia a Palestina.

Es el Señor resucitado que se juntó como peregrino desconocido a los discípulos de Emaús, les explicó las escrituras y compartió con ellos el pan (Lc 24, 13-35). Es el Señor que dijo que estaría siempre con nosotros hasta el fin de la historia (Mt 28, 20) y a través del Espíritu acompaña a la Iglesia en su peregrinación, guía a la humanidad y llena el universo, como el Vaticano II ha enseñado, al hablar de los signos de los tiempos (GS 11). En él existimos, nos movemos y somos, como afirmó Pablo en el areópago de Atenas, citando a algunos poetas griegos (Hch 17,28).

“Diosito” nos acompaña siempre a lo largo de nuestra vida, en momentos de felicidad y de turbación, y no nos abandonará en el momento de nuestra muerte, porque es el que resucitó a Jesús de entre los muertos y también resucitará nuestros pobres cuerpos mortales (Rm 8, 11; Flp 3, 21). ¿Quién nos podrá apartar del amor de Dios? (Rm 8, 28-39). “Diosito” fundamenta nuestra esperanza, porque nos acompaña siempre, es el Dios-con-nosotros.

Muchos teólogos han buscado una fórmula breve del cristianismo que compendie el credo y responda a nuestros días. “Diosito nos acompaña siempre” puede ser una fórmula breve que resume toda la revelación bíblica expresada a través del sentido de la fe del pueblo sencillo.

Algunos expertos en Biblia afirman que el centro de la revelación no es afirmar que Dios existe, sino que Dios acompaña siempre a su pueblo. Esto el pueblo pobre y sencillo no lo ha aprendido de libros o cursillos, lo ha experimentado en su propia vida. Diosito nos acompaña siempre resume en lenguaje popular gran parte de la historia de salvación bíblica. Es una versión popular del evangelio, es como el credo de los pobres



Víctor Codina sj

5. Acción divina en el mundo: el paracaidista pragmático y el párroco piadoso.

Pero acaso el punto de mayor trascendencia teológica, por sus decisivas y múltiples consecuencias, reside hoy en la cuestión de la acción divina en el mundo. Tomar en serio —como pidió lo Concilio— la autonomía de las leyes que rigen el funcionamiento del mundo, llama a un re-pensamiento radical, pues de una justa comprensión en este punto depende en gran medida el destino de la fe en nuestra cultura. El carácter técnico de la palabra autonomía no debe engañar. Puede no ser entendida por muchos, pero desde que se abre un libro en la escuela hasta que se ve la previsión del tiempo o la explicación de un tsunami en la televisión, su significación entra por todos los poros de la cultura actual. En terminología de Ortega, constituye una creencia, es decir, algo que se da por supuesto y que condiciona —en este caso legítimamente— el modo de entender las cosas: nadie piensa en un demonio ante una peste y hoy resulta muy extraño oír hablar de rogativas por la lluvia. Esto es tan operante, que una comprensión de la fe que no lo tenga en cuenta acaba por hacerla anacrónica, minando su credibilidad.

Para verlo, tal vez nada mejor que ejemplificarlo mediante dos chistes bien conocidos. Y espero que el recurso no se interprete como irreverencia superficial. Como se sabe, en los chistes suelen operar dos lógicas: una obvia, en la superficie; y otra, más bien oculta, que emerge por contraste. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando al optimista que dice: “este es el mejor de los mundos posibles”, le contesta el pesimista: “tienes razón”. Aun siendo relativamente sutil, se ve bien aquí el mecanismo del humor. En el primer caso, está la lógica más evidente: ante tantos males en el mundo resulta demasiado, extraña la primera afirmación; de ahí el éxito del *Cándido* de Voltaire, burlándose de la teoría de Leibniz. Pero, cuando se mira más a fondo y se advierte que este habla de los mundos posibles (¿cómo serían los otros?), se invierte la perspectiva; e incluso puede extrañar la superficial ligereza de Voltaire frente a la profunda seriedad de Leibniz. Pues bien, obsérvense ahora los dos casos a que alude el título del apartado¹.

5.1. El primero habla del paracaidista pragmático que cae sobre un barranco hondo y queda colgado de una rama. Grita: “¿Hay alguien por ahí?”. Escucha una voz celestial: “Tranquilo, hijo mío, ten confianza: yo estoy contigo”. Contesta él: “Muchas gracias. ¿Hay alguien más?”.

El caso puede tener una interpretación atea, o incluso cínica. Pero también la persona de fe ríe con gana la salida. No niega que hay verdad en la respuesta (“Muchas gracias”). Con todo, algo no le cuadra, porque, en su literalidad, la lógica de la fe resulta cuestionada por la más evidente y pragmática de la experiencia cotidiana. Las palabras finales —“¿Hay alguien más?”— destapan esa tensión y hacen saltar el humor, acaso un poco nervioso ... y que obliga a la reflexión. Porque ahí se hace patente un problema que existió siempre, como lo muestran las preguntas sobre el problema del mal: ¿por qué Dios no interviene

¹ 18 “La cristología dentro de una concepción evolutiva del mundo”, en: *Escritos de Teología V*, Madrid 1964, 181-220 (original 1962); puede verse también en la citada *Teología y ciencias naturales*, 139-206. 19 Para un tratamiento más “serio” de todo este problema, permítaseme remitir a mi libro: *Fin del cristianismo premoderno*, cit. *Ciencia y religión hoy: apuntes y perspectivas* Andrés Torres Queiruga 3 Páginas No. 94 111

poniendo remedio? Lo grave es que hoy se agravó, por la evidencia de la autonomía y no —sin relación con ella— por la libertad en criticar la religión. De hecho, culturalmente, la primera respuesta fue para muchos el deísmo (Dios creó el mundo, pero ahora permanece pasivo en el cielo) y para otros se convirtió en fuente de ateísmo. Lo importante es que en el trasfondo del chiste se anuncia un problema muy radical. Tan radical, que, como vengo sosteniendo hace tiempo, la teología está aún lejos de encontrarle plena claridad. Porque las respuestas corrientes, resistiéndose a un re-pensamiento radical, se mueven en una especie de deísmo intervencionista o intermitente: Dios interviene realmente pero sólo en determinados casos, ; como en los milagros; o, de manera más discreta, se intenta que lo haga en respuesta a nuestras peticiones, curando un enfermo o dando fuerzas en una dificultad. Pero esa visión, general y predominante, más que una solución verdadera representa una fuente de problemas insolubles.

5.2. Lo curioso es que el segundo caso, el segundo chiste, muestra como, a pesar de eso, de algún modo la conciencia religiosa intuyó siempre la verdadera solución, marcándole el camino a la teología.

Se trata de un párroco piadoso ante una grave inundación. Empieza a subir el nivel del agua y, mientras todos se ponen a salvo, él queda en la iglesia afirmando que Dios, siempre providente, lo salvará. Sigue subiendo el nivel y cuando está ya encima de unos bancos, un grupo de vecinos acude con una barca; pero se niega a embarcar: “Dios tiene que salvarme”. Finalmente, cuando el agua lo obliga a subir al campanario, acuden todavía con un helicóptero; pero él sigue esperando en la providencia ... y muere ahogado. Ya en el cielo, con los ojos bajos y cara enfurruñada, se le queja a Dios, preguntando por qué lo abandonó a pesar de su fe y confianza en la providencia. “¿Cómo que te abandoné?”, es la respuesta. “¿Te mandé una comisión de vecinos, busqué una barca e incluso llegué a alquilar un helicóptero, y aún te quejas!”. También aquí resulta transparente la doble lógica.

Según la lógica superficial, parece que Dios no hizo nada, y el párroco tiene derecho a la queja. Pero la segunda lógica descubre la verdad, y también aquí lo significativo es que todos la comprendemos: Dios estaba actuando. Pero no actuaba de la manera normal, milagrosa (o milagrera), como una causa entre las demás causas del mundo, sino en y a través de ellas, como el fundamento creador que les da el ser, que hace posible y promueve su actuación. Rahner lo expresó en una frase certera: “Dios obra el mundo y no propiamente en el mundo”.²

Lo que precisa la teología es prolongar esta intuición e ir aprendiendo a concretarla, viendo en todo a Dios como Aquel que, siempre y sin descanso, está creando por amor impulsando el , avance del mundo en la medida que lo permite el respeto a la autonomía de sus leyes, y sobre todo, fundando, animando y solicitando la libertad humana hacia el bien y a la justicia.

Bien mirado, aquí se anuncia una tarea a un tiempo evidente y difícil, comprometida y fascinante. Aludamos tan sólo a algo decisivo, teniendo en cuenta que ser libre para el ser humano es tan natural como para la piedra seguir la ley de la gravedad. Por un lado, la libertad aparece como nuestra máxima gloria. En nuestras manos está modificar y hacer avanzar la creación, si, acogiendo la acción creadora y trascendente de Dios, nos dejamos guiar por ella, prolongándola e historizándola en el cuidado del mundo y en el bien de la humanidad. Por otro, marca la máxima responsabilidad, pues el avance y el progreso o la

² 20 20 “...Gott Welt wirk und nicht eigentlich der Welt wirkt” (die in Grundkurs des Glaubens, Freiburg-Basel-Wien 1976, 94 (cf. la trad. cast., Curso fundamental sobre la fe, Barcelona 1979, 112, que es menos enérgica). Ciencia y religión hoy: apuntes y perspectivas Andrés Torres Queiruga Páginas No. 94 1122

ruina y la explotación quedan entregados a nuestra decisión. Dentro de los límites impuestos por la autonomía del mundo y de nuestra libertad, todo lo que nosotros —por pereza, por egoísmo, o por abuso— no hagamos, quedará irremediabilmente sin hacer. Por parte de Dios no está nunca el fallo: “mi Padre trabaja desde siempre”, dice Jesús en el cuarto Evangelio (Jn 5,17).

Intentar suplir esto con peticiones para convencerlo a Él resulta tan fuera de lugar como si, en la parábola del Samaritano, el sacerdote y el escriba se pusieran de rodillas rogándole que tuviese compasión del herido al lado del camino. Quien llama, e incluso “pide y suplica”, es Dios al lado de todos los heridos: la verdadera oración consistirá entonces en la atención humilde y agradecida a la llamada divina, para que, acogéndola y teniendo piedad, actuemos como el Samaritano: “vete y haz tu lo mismo” (Lc 10,37).

Lectura Complementaria 2 : La pedagogía de la revelación en la obra de Andrés Torres Queiruga.(Byron Fabián Lozada Rivadeneira, 2015)

1.2.1 La revelación como mayéutica histórica.

Torres Queiruga nos presenta la mayéutica y nos dice: La significación básica de la mayéutica viene expresada en el Teeteto (de Platón) con el estilo inigualable del diálogo socrático. Sócrates, hijo de una comadrona, afirma practicar el mismo arte de su madre: La mayéutica. Mediante su palabra saca a la luz —ayuda a alumbrar- lo que estaba dentro del interlocutor (...) la mayéutica hace que el interlocutor descubra, engendre o dé a luz la verdad que lleva consigo.

La búsqueda de la categoría de mayéutica histórica tiene dos motivos especiales para Torres: la primera es el carácter auto-afirmativo de la revelación, fundamentada en la concepción hindú de la vida, ya que entiende que la revelación es una verdad apta para ser reexperimentadas; y la segunda era dar una respuesta a un argumento que decía que la revelación resultaba inaceptable para una conciencia crítica

La categoría mayéutica (hacer parir) no pierde su referencia socrática original, ya que liga permanentemente la relación maestro - discípulo muy a fin a la categoría de testimonio. El dinamismo interno de este término posee un enraizamiento bíblico (cfr. Mt. 10, 25; Lc. 6,40). También por su ascendencia socrática posee elementos esencialistas y del apriorismo griego, esto haría que haya problemas cuando se intente aplicarla inmediatamente ya que la encerraría en la inmanencia del sujeto y en el juego cíclico de la anamnesis.

El significado fundamental de mayéutica histórica nos lo dice el mismo Torres Queiruga: Definir la revelación divina como una mayéutica quiere indicar que, en última instancia, también ella es “autoafirmativa”. Porque la palabra bíblica informa e ilumina, pero no remite a sí misma ni a quien la pronuncia, sino que hace de “partera” para que el oyente perciba por sí mismo la realidad que ella pone al descubierto.

Con la revelación el creyente debería tener las actitudes de Job y hacer propias las palabras “Solo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos” (Job 42, 5) para mencionar que el encontrarse y el reconocer a Jesús no es solo de sentidos, sino de una experiencia total de vida y de encuentro personal con Dios en la propia vida. O también se puede apersonar de lo que mencionan los samaritanos en Juan, “Ya no creemos por tus palabras, que nosotros mismo hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4,42).

El reconocimiento de Dios no solo se da por alguien que comunica, sino que se da por la propia vivencia de las personas en su propia vida, en su propia historia. Se llega así a descubrir una presencia real, verdadera y concreta de Dios en la vida. Es mayéutica histórica porque no se trata, como en Sócrates, de la anámnesis de lo eternamente igual, sino del reconocimiento de una presencia viva y creadora que renueva la vida, y empuja la historia hacia su consumación final. Por eso la revelación, aunque acoge la presencia divina, que en sí misma es perenne y totalmente ofrecida desde el principio, resulta intrínsecamente histórica, pues en concreto solamente existe realmente en la acogida humana,

que se realiza y avanza el tiempo. La revelación eterna de Dios acontece en la realización intrínsecamente histórica del hombre.

.
Dos datos fundamentales: en primer lugar, quien vive la experiencia reveladora sabe que no puede guardársela para sí, que debe hacer partícipes a los demás de la riqueza que ha descubierto. Y en segundo lugar, quien escucha el ofrecimiento tiene la conciencia de que se trata justamente de eso, de un ofrecimiento, y que está en plena libertad ante Dios para aceptarla o rechazarla.
.